

servar á Brema y á Verden, sobre los que no tenía más derecho que haberlos comprado á vil precio al rey de Dinamarca, á quien no pertenecian. Por su parte, el czar estaba irritado contra el rey de Inglaterra, porque contrastaba sus empresas en el Mecklemburgo. Apenas fuera de la Rusia, Pedro el Grande pretendía ya obrar como señor en el imperio. La Dinamarca y Hanover, asustados por la ambicion invasora de su aliado, no le prestaron el auxilio á que estaban obligados, en su cuestion con la Suecia. De aquí su rencor y su inteligencia con Carlos XII, despues de una lucha á muerte (1). Görtz unió, pues, los dos reyes del Norte contra el enemigo comun, el rey de Inglaterra; queria nada ménos que destronarle y restablecer á los Estuardos. Para realizar estos proyectos, era preciso quitar á Jorge su mayor apoyo, el regente de Francia. Görtz encontró un aliado donde no era fácil esperarlo, en España. El cardenal Alberoni tenía tambien el proyecto de derribar la Francia y la Inglaterra para servir á la ambicion de la reina. Hé aquí, pues, á los dos botafuegos de acuerdo. La prueba de que su empresa no era tan quimérica como hoy se cree, es que el czar entró en sus planes, y Pedro era un espíritu político, un fundador de Estado, y no un hombre de proyectos. El czar y el rey de Suecia, unidos á España, podian hacer temblar al resto de la Europa, porque por doquiera habia gérmenes de perturbacion. En Francia las pasiones nacionales se sublevaban contra la alianza inglesa; ¡Luis XIV habia combatido á la Inglaterra, á fin de colocar á su nieto en el trono de España, y el regente se unia con Jorge I contra el rey Felipe! En Inglaterra los Estuardos conservaban gran número de partidarios; todos los dias habia conspiraciones y sublevaciones. ¿Qué hubiera sucedido si Carlos XII, el héroe del Norte, hubiera desembarcado en ella con sus guerreros?

Tales fueron los elementos de la conjuracion, que Görtz y Alberoni tramaron contra la tranquilidad de Europa, apenas pacificada despues de la sangrienta guerra de la sucesion de España. Un ministro frances, el marqués *d'Argenson*, nos ha dado á co-

(1) VOLTAIRE, *Historia de Carlos XII*, lib. VIII.—HERMANN, *Geschichte des russischen Staates*, t. IV, p. 304, nota.

nocer los planes de los conjurados; los describe con elocuencia; dejémosle la palabra: «La Suecia hacía la conquista de la Noruega sobre la Dinamarca; en seguida Carlos XII caía sobre la Dinamarca y abolía el derecho del Sund. Se conquistaba de la Polonia, entre todos, una pequeña provincia muy conveniente á la Rusia. Se daba á la Suecia la Pomerania y el Mecklemburgo. Se indemnizaba al duque de Mecklemburgo, en lucha entónces con sus súbditos, como ha continuado despues, dándole una provincia que se quitaba á la Prusia. Se atacaba al rey de Prusia para castigarle por haberse mezclado, como lo habia hecho en la precedente guerra de Polonia. Se le hacía ver que todas sus famosas tropas no estaban compuestas más que de bribones. ¿Y quién hubiera podido ó querido socorrerle? Se le privaba de lo que se le daba como indemnizacion al duque de Mecklemburgo y de algunos puntos convenientes á la Rusia. De aquí se entraba en la Sajonia y en Polonia; se destronaba segunda vez al rey Augusto para volver á colocar al rey Estanislao sobre su trono. Se quitaba ademas á Augusto su electorado de Sajonia, y se colocaba en él á la rama mayor de Sajonia-Gotha. Desde la Dinamarca, Carlos XII descendía á Hamburgo, obtenia fácilmente de esta rica república gran cantidad de dinero, y la libraba de toda la tiranía danesa. Luégo, la Dinamarca, rodeada por todas partes, pediría gracia, y se la concedía una paz de cuya duracion se podia estar seguro. Carlos XII, con 6.000 bravos Suecos, gentes muy aguerridas y enorgullecidas por sus antiguas victorias, descendía á la Alemania, mientras el czar entraba tambien con un ejército formidable en aquella parte de la Europa en donde deseaba arraigarse. Allí se tomaba la ofensiva contra el elector de Hanover, que es al mismo tiempo rey de Inglaterra. Se hacía venir entónces al pretendiente, y se le restablecía, lo cual daría demasiado que hacer á dicho elector de Hanover para dejarle tiempo de mezclarse en los asuntos de Alemania. Entónces se hacía la ley al emperador, á quien se ocupaba con los asuntos que voy á decir: se recordaban las relaciones entabladas con el elector de Baviera, la casa palatina y los electores eclesiásticos: se reunian todas sus pretensiones y sus quejas, y se renovaba el tratado de Westfalia para la libertad germánica. Los Turcos estaban ya

en guerra con el emperador; se animaba aquella guerra y se hacía del príncipe Ragotsky un rey de Hungría y de Transilvania. Al mismo tiempo la España bajaba á Italia y recobraba el Milanesado y las dos Sicilias, lo que, como ya he dicho, daba bastante ocupacion al emperador. Esta era la ocasion de que apareciese la Francia, despues de haber hecho poderosos armamentos sin descubrirse; y para darle su tajada correspondiente en el despojo universal del emperador, se nos adjudican las diez provincias católicas de los Países Bajos, lo cual realizaria nuestro gran proyecto de no tener al Norte y al Nordeste más fronteras que el Rhin.»

Tales eran los proyectos del ministro de Carlos XII, y tenía por cómplice al czar, celebrado como legislador de su país, y tenía por cómplice al rey de España y de las Indias. El primer móvil de esta empresa, que debía cambiar la faz del mundo, era un rencor de Carlos XII contra Jorge I. Despues de haber referido los planes novelescos del héroe sueco, el marqués *d'Argenson* añade que Carlos XII, semejante al gran Gustavo Adolfo, y aún excediéndole, imponía la ley en Alemania y distribuía los reinos. «Una bala de culebrina, lanzada al acaso desde los bastiones de Frederikshall en Noruega, deshizo todos estos magníficos proyectos. Carlos XII fué muerto, la flota de España batida por los Ingleses, Alberoni arrojado de España, Görtz decapitado en Stockolmo. «Tal vez, dice *Voltaire*, Görtz, Alberoni, el mismo Carlos, eran más bien hombres inquietos que intentaban grandes aventuras, que hombres profundos que madurasen sus planes, ¿ó acaso su mal éxito les ha hecho acusar de temerarios?» (1). Aventureros ó héroes, importa poco; lo que es indudable es, que mientras el poder absoluto domine en los Estados, la tranquilidad del mundo está á merced de los caprichos ó de las pasiones de un rey ó de una reina.

N.º 2.— *El Mediodía.* — *Alberoni.*

Segun *Saint-Simon*, el cardenal Alberoni ha sido «un malvado y un tirano, á quien guiaban la perfidia, la ambicion, el interes

(1) *VOLTAIRE, Historia de Pedro el Grande, P. II, c. 8.*

personal, miras siempre torcidas, muchas veces caprichos, y á veces hasta la locura; y cuyo único interes, continuamente variado y diversificado, segun se lo representaba la fantasía, se ocultaba bajo proyectos siempre inciertos y cuya mayor parte eran de imposible realizacion» (1).

La posteridad no ha confirmado este juicio, que parece una caricatura más bien que un retrato. Sabido es el estado de aniquilamiento en que se encontraba España al advenimiento de los Borbones. Alberoni la comparaba á un cadáver; sin embargo, no pedía más que cinco años para regenerarla. Esto hubiera sido un prodigio. Pero ni aún estos cinco años le fueron concedidos, lo cual no le impidió devolver la vida á un pueblo que parecia muerto. Sus reformas parecen mágicas. Un escritor inglés las compara á las que Julio César llevó á cabo en su corta dictadura (2). Es difícil, y aún imposible, el apreciar su política extranjera. ¿Fué él el que impuso sus proyectos á sus señores, ó fué la reina de España la que le arrastró á prematuras empresas? ¿Quién podría decir lo que sucedía en la alcoba en que vegetaba el nieto de Luis XIV? *Saint-Simon* pretende que Alberoni tenía al rey y á la reina encadenados, que en la estrecha prision en que habia sabido encerrarlos, no veían, ni sentían, ni respiraban más que por él. Se puede afirmar que no es así. Extranjero en España, no debía su poder más que al ascendiente que ejercía sobre la reina, italiana como él. Pero no habia alcanzado aquella influencia más que poniendo su genio audaz al servicio de la ambicion de su señora. Fué, pues, un instrumento bajo muchos puntos de vista. ¿Pudo ennoblecere y engrandecer su papel dirigiendo las miras personales de la reina hácia un objeto de interes general? Sobre este punto mismo no tenemos más que conjeturas.

Lo que conocemos, sin género alguno de duda, es la política del rey y de la reina. El nieto de Luis XIV habia tenido que renunciar á los derechos que le daba su nacimiento á la sucesion de su abuelo; esto, lo hemos dicho, era la condicion esencial de la paz de Utrecht. Felipe manifestó en aquella ocasion un grande

(1) *SAINT-SIMON, Memorias, t. XI, p. 216.*

(2) *EDINBURGH REVIEW, july, 1849, p. 86.*